

Análisis comparado de las elecciones presidenciales de 2018 en Colombia, México, Paraguay y Brasil

Comparative analysis of the presidential elections of 2018 in Colombia, Mexico, Paraguay and Brazil

Jaime Aragón Falomir^{*}

Juan Bautista Lucca^{**}

Alfredo Edmundo Fernández de Lara Gaitán^{***}

Marcos Pérez Talia^{****}

Resumen

Artículo recibido el 7 de febrero de 2019 y aceptado para su publicación el 1 de junio de 2019. **La dictaminación** de este trabajo fue realizada por evaluadores externos al Instituto Electoral del Estado de México.

■ pp. 39-74



En América Latina, durante 2018, Colombia, México, Paraguay y Brasil tuvieron que hacer frente a contiendas electorales para resolver la conformación de nuevos gobiernos presidenciales; como resultado, se pusieron en tela de juicio

^{*} Doctor en Ciencias Políticas por la Sorbona, París. Postdoctorado en la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Argentina. Labora en el Consejo Nacional de Investigación Científica y Técnica (Conicet) y en el Centro de Estudios Comparados (CEC) de la UNR. Sus líneas de investigación son élites políticas y empresariales, democratización, desigualdad y educación privada. Correo electrónico: jaime.aragonf@gmail.com

^{**} Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Argentina. Labora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y en el Centro de Estudios Comparados de la UNR. Sus líneas de investigación son política latinoamericana comparada, partidos, elecciones y democracia. Correo electrónico: juanlucca@hotmail.com

^{***} Candidato a doctor en Ciencia Política por la Universidad de los Andes (Uniandes), Colombia. Labora como docente de la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Sus líneas de investigación son política comparada, gobierno abierto, transparencia y elecciones. Correo electrónico: ae.fernandez10@uniandes.edu.co

^{****} Candidato a doctor en Ciencia Política por la UNR, Argentina. Labora como docente de la Universidad Abierta Interamericana (UAI). Es investigador, nivel I, del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de Paraguay y del Centro de Políticas Públicas de la Universidad Católica de Paraguay (UCA). Sus líneas de investigación son política latinoamericana comparada, partidos políticos, elecciones y democracia. Correo electrónico: mptalia@gmail.com

las continuidades o los cambios en los oficialismos salientes y en las formas tradicionales del juego político. En este artículo se analizan, a través de una comparación orientada a casos con densidad histórica, las características de las campañas y las particularidades de los resultados electorales, así como también las continuidades y las rupturas que implican las victorias de Iván Duque Márquez en Colombia, Andrés Manuel López Obrador en México, Mario “Marito” Abdo Benítez en Paraguay y Jair Messias Bolsonaro en Brasil, para el futuro inmediato de la política en estos países.

Palabras clave: elecciones presidenciales en Colombia, elecciones presidenciales en México, elecciones presidenciales en Paraguay, elecciones presidenciales en Brasil.

Abstract

During the year 2018, Colombia, Mexico, Paraguay and Brazil faced electoral contests to renew their presidencies. Consequently, continuities or changes in outgoing ruling parties and traditional forms of power play were called into question. This article analyzes, relying on comparison of historically dense cases, campaigns characteristics and peculiarities of electoral outcomes, as well as continuities and breakings implied in the victories of Iván Duque Márquez in Colombia, Andrés Manuel López Obrador in Mexico, Mario “Marito” Abdo Benítez in Paraguay and Jair Messias Bolsonaro in Brazil, for the immediate future of politics in these countries.

Key Words: presidential elections in Brazil, presidential elections in Colombia, presidential elections in Mexico, presidential elections in Paraguay.

Introducción

En las democracias, parafraseando a Winston Churchill, las elecciones son la peor forma de resolver los conflictos sociales y políticos, pero, paradójicamente, la única manera social y legítimamente compartida de conformar gobiernos del *demos* sin abandonar los lindes poliárquicos. En América Lati-

na, durante 2018, cuatro de los países más importantes de la región tuvieron elecciones presidenciales; así, estos Estados vivenciaron una instancia en la que tanto los resortes institucionales como la dinámica contenciosa de la política transitaron, en términos de Hamlet (acto I, escena v), por un “tiempo dislocado”, en el cual el orden normal del tiempo de lo político se puso bajo el velo de la incertidumbre que genera el horizonte que abren las urnas.

De cara a la elección presidencial en Colombia, el candidato Iván Duque —quien, en gran medida, recogió la fuerza política y electoral del expresidente Álvaro Uribe Vélez— centró la disputa electoral en torno al acuerdo de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) logrado por el presidente Juan Manuel Santos, siendo éste un tema que ha dividido ampliamente a la sociedad colombiana. El 17 de junio de 2018, Duque, como candidato del Partido Centro Democrático (PCD), se impuso en la segunda vuelta frente al candidato Gustavo Petro, de la Coalición “Colombia Humana”, con 54% de los votos. El triunfo de Duque contribuye al fortalecimiento del uribismo en Colombia, pues con su victoria “se reafirma que el fenómeno electoral de los últimos 30 años en Colombia se llama Álvaro Uribe Vélez” (*Semana*, 2018, párr. 8). Este triunfo también confirmó a Colombia como uno de los pocos países de la región que no han transitado hacia un gobierno que provenga de la izquierda.

Por otra parte, en lo que se refiere a Paraguay, el 15 de agosto de 2018, en la toma de posesión como presidente, Mario “Marito” Abdo Benítez —hijo del secretario privado del dictador Alfredo Stroessner— señaló:

Dije durante las elecciones que mi jefe de campaña es Dios; cuando las cosas estaban mal, estaban más difíciles, su mano se mostraba devolviéndonos la esperanza y el coraje. En Paraguay no ganó el que tenía más dinero, el que tenía más estructura, ganó el que nunca perdió la fe. (*ABC*, 2018, párr. 49)

Estas palabras dejan evidencia de la importancia de los valores conservadores que encarna este nuevo presidente, así como del dinero y la corrupción en la política; pero, especialmente, de la relevancia de la subcultura del Partido Colorado (PC) en todos los resortes del Estado y la ciudadanía, incluso para vencer —una vez más— incontestadamente en las elecciones.

En cuanto al caso de México, el líder del Movimiento Regeneración Nacional (Morena) y candidato de la Coalición “Juntos Haremos Historia”, Andrés Manuel López Obrador, declaró que “la corrupción no es un fenómeno cultural sino el resultado de un régimen político en decadencia” (Fonseca, 2018, párr. 13). Este señalamiento lo hizo el 1 de julio de 2018, luego de imponerse con 53 % de los votos en la disputa para presidente de México. Mediante un discurso que combina una discontinuidad con el pasado neoliberal reciente y, al mismo tiempo, un retorno a las bases del estatismo y nacionalismo priista, y la búsqueda de un futuro anclado en una prédica disruptiva —populista para los detractores o de necesaria transformación para sus seguidores—, Obrador logró, en su tercer intento, triunfar en las elecciones presidenciales.

Finalmente, en lo que respecta a Brasil, con el expresidente Luiz Inácio Lula da Silva en la cárcel y un país inmerso en una crisis económica e institucional sin precedentes, el candidato Jair Bolsonaro, del Partido Social Liberal (PSL), llegó a señalar frases grandilocuentes y temerarias como, por ejemplo, “vamos a fusilar a la *petralhada* aquí en Acre” (*O Globo*, 2018, párr. 2; traducción propia), aludiendo claramente a sus contrincantes del Partido de los Trabajadores (PT). El 28 de octubre, en segunda vuelta frente a Fernando Haddad (PT), Bolsonaro logró imponerse categóricamente, con 55 % de los votos.

En este artículo, se busca examinar las contiendas político-electorales de 2018 en Colombia, Paraguay, México y Brasil, no sólo por su sincronía temporal, sino por el carácter crítico que estas coyunturas electorales condensan (Dobry, 1988; Key, 1955). Este tipo de instancia electoral fuerza a los actores partidarios a la definición de los horizontes de continuidad o cambio, motivo por el cual resulta analíticamente fértil para observar cómo se entrecruzan una dimensión histórica de mediano plazo que tiende a reforzar las continuidades y los actores del *statu quo*, con movidas y jugadas de corto plazo que ofrecen pistas de las transformaciones que se ponen en juego en la campaña o se abren por los resultados de la jornada electoral.

Para ello, se utilizará un diseño de investigación no experimental de tipo transeccional correlacional, que implica recolectar datos en un punto

en el tiempo particular en cada uno de los casos e inferir descriptivamente las características distintivas.

En cuanto a la forma de contrastar empíricamente la hipótesis de que estas elecciones pusieron en juego la continuidad y el cambio como tensión nodal en los sistemas políticos estudiados, en este trabajo se estima que, al ser impracticable la experimentación e insuficiente el número de casos como para un tratamiento estadístico, la comparación ha de ser el único camino que pueda ayudar a enriquecer la base empírica y controlar la generalización de que la tensión del *statu quo* fue el síntoma de las elecciones de 2018.

Entre las diversas aproximaciones del método comparado, aquí se empleará un enfoque orientado a casos, de tipo sincrónico y *cross-national*, el cual, en un contexto de variación homogéneo, selecciona aquellos casos que comparten el desafío de la coyuntura electoral en 2018 (Della Porta, 2013; Lucca y Pinillos, 2015).

Analizar las tensiones, las continuidades y las rupturas que se pusieron en juego en la contienda electoral de 2018 en Colombia, México, Paraguay y Brasil no sólo es una labor comparativamente fértil para observar las transformaciones que sincrónicamente experimentan los sistemas políticos de estos países, sino también un laboratorio espacialmente rico para comprender las aristas de los senderos que se bifurcan en la región de cara a elecciones venideras —como las de Argentina, Bolivia o Uruguay a finales de 2019—, además de para entender las continuidades y los cambios de los ciclos políticos e ideológicos que signan a América Latina a lo largo del siglo XXI.

Colombia

Elecciones presidenciales en Colombia en 2018

La historia política y social de este país, a lo largo del siglo XIX y la tercera parte del siglo XX, estuvo directamente relacionada con las disputas y los acuerdos bipartidistas entre el Partido Liberal Colombiano (PLC) y el

Partido Conservador Colombiano (PCC). Esta violencia incidió en la conformación del Frente Nacional (1958-1974), concebido como una salida negociada a la violencia, aunque en la práctica inauguró una nueva fase de la misma (Sánchez, 1985). El bipartidismo se desarrolló dentro de un Estado precario (González, 2003; Pécaut, 2012), lo cual repercutió en la conformación de un sistema político fragmentado, clientelar y profundamente relacionado con las diferentes violencias que se presentaron a lo largo del tiempo (González, 2003).

Con la Constitución de 1991 se impulsó un cambio en el diseño institucional que acabó con el bipartidismo tradicional en Colombia, lo que generó una desinstitucionalización de los partidos habituales; pero, en contraparte, se profundizaron las exclusiones hacia los opositores o activistas sociales antisistema, lo cual reforzó el *statu quo* por otros carriles (Gutiérrez, 2001). Es decir, se dio paso a un sistema de partidos más fragmentado y plural, aunque sin romper con males como el caciquismo, el clientelismo, el centralismo, la impronta de la derecha o la violencia. La descentralización trajo como consecuencia no deseada la mayor erosión del régimen político (González, 2014).

Entre 2010 y 2018, gran parte de los esfuerzos del Estado colombiano, bajo la administración del presidente Juan Manuel Santos, se enfocaron en el combate al narcotráfico y en iniciar el acercamiento y diálogo para dar paso a las negociaciones con las FARC-EP con el fin de encontrar una salida al conflicto armado. De tal modo, las elecciones de 2018 en Colombia estuvieron enmarcadas en los históricos procesos de diálogo en La Habana, que derivaron en la firma de los acuerdos de paz que pusieron fin a más de cinco décadas de conflicto armado.

Paradójicamente, la consecución de las negociaciones de paz contribuyó a reforzar la polarización social e ideológica en la arena política. Esta división se manifestó abiertamente en el referéndum impulsado por el presidente Santos, el 2 de octubre de 2016, en el cual el voto por el *no* (50.21%) derrotaría al *sí* (49.78%) (Registraduría Nacional del Estado Civil, 2016). Pese a esta negativa, el gobierno continuó con el proceso de paz, y el 24 de noviembre de 2016 se firmó el acuerdo definitivo entre el gobierno y las FARC-EP.

La polarización que dejó el plebiscito fue aprovechada por la derecha colombiana, liderada por el expresidente y senador Álvaro Uribe Vélez, quien enfocó la campaña electoral del Centro Democrático, en 2018, en la amenaza que representaba para Colombia una transición hacia gobiernos de izquierda *socialista*. En esta campaña, Uribe aludió, incluso, a la crisis que padece Venezuela para denunciar que Colombia era susceptible de sucumbir ante la amenaza castro-chavista en caso de profundizar la senda abierta por el acuerdo de paz (Sanahuja y Comini, 2018, p. 42). Además, el Centro Democrático sumó a su discurso la acusación al presidente Santos, otrora aliado de Uribe, de haber negociado con terroristas y terminar entregando el país a la guerrilla de las FARC-EP.

Cabe señalar que, durante la campaña electoral, la citada guerrilla se encontraba en pleno proceso de desmovilización y desarme como parte de su tránsito hacia la vida civil y la participación político-electoral a través de la creación del partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), que registró inicialmente a Rodrigo Londoño (alias Timochenko) como su candidato presidencial, quien finalmente se retiró de la contienda electoral frente a la baja estima de la opinión pública a su opción partidaria (Manetto, 2018).

En este escenario polarizado, la contienda se fracturó, por un lado, Gustavo Petro, otrora guerrillero del M-19 y exalcalde de Bogotá, que se posicionó no sólo como el principal candidato de la izquierda del espectro ideológico, sino también como el principal impulsor del cambio y, al mismo tiempo, defensor del nuevo estado de las cosas que abría el acuerdo de paz. Por el otro lado, se presentaba la candidatura del senador Iván Duque, que conjugaba el uribismo con un sector del conservadurismo representado por el expresidente Andrés Pastrana, en tanto principal exponente del *statu quo ante*.

Los resultados electorales

Los seis contendientes de la elección presidencial eran Gustavo Petro, candidato por la Coalición “Colombia Humana”; Germán Vargas Lleras, candidato por el Movimiento Mejor, Ante Todo Colombia (ATC) y el Partido

Cambio Radical (PCR); Sergio Fajardo, candidato por la Coalición “Colombia” (integrada por el Polo Democrático Alternativo [PDA], Compromiso Ciudadano y el Partido Alianza Verde [PAV]); Humberto de la Calle, candidato por el Partido Liberal Colombiano y la Alianza Social Independiente (ASI); e Iván Duque, candidato por el Centro Democrático; y José Antonio Trujillo,¹ candidato del partido Todos Somos Colombia.

Sin embargo, el ambiente de polarización en torno a los acuerdos de paz logrados con las FARC-EP influyó en que candidatos como Humberto de la Calle y Germán Vargas Lleras —al igual que le había sucedido al novel partido FARC— quedaran relegados rápidamente de las preferencias del electorado. Esto fue llamativo, dado que ambos eran personalidades activas en la política nacional colombiana y encarnaban la continuidad con el gobierno de Santos: el primero como jefe del equipo negociador del gobierno en el proceso de paz con las FARC-EP y el segundo como vicepresidente de Colombia. Distinta fue la suerte de Sergio Fajardo, exalcalde de Medellín y exgobernador del departamento de Antioquia, quien al ubicarse en el centro del espectro ideológico recogió las simpatías de un amplio sector del electorado que no se identificaba con los candidatos de la derecha ni de la izquierda.

La elección se efectuó el 27 de mayo y, según los datos de la Registraduría Nacional del Estado Civil (Consejo Nacional Electoral de Colombia, 2018a), Iván Duque obtuvo 7 616 857 votos (39.34%); Gustavo Petro, 4 855 069 (25.08%); Sergio Fajardo, 4 602 916 (23.78%); Germán Vargas Lleras, 1 412 392 (7.3%); Humberto de la Calle, 396 151 (2.05%); Jorge Antonio Trujillo Sarmiento, 65 767 (.33%); Viviane Morales,² 36 138 (.18%); y los “Promotores del Voto en Blanco”, 30 128 (.15%). El voto en blanco presentó un total de 338 521 (1.7%); el no marcado, 47 675 (.24%); y los que se consideraron nulos, 242 002 (1.23%). El total de votos fue de 19,643,676. Sin embargo, dado que ninguno de los candidatos obtuvo la

¹ Trujillo Sarmiento es un pastor cristiano, nacido el 6 de octubre de 1967 en el municipio de Zulia, en Norte de Santander. Fundador de la iglesia evangélica Casa de Reino y quien tuvo un paso por el Senado entre 2009 y 2010, a nombre de Convergencia Ciudadana (antiguo PIN), en reemplazo de Juan de Jesús Cárdenas Chávez (*El Espectador*, 2018).

² Viviane Morales renunció a su candidatura presidencial un mes antes de las elecciones presidenciales. Sin embargo, como las boletas ya habían sido impresas por el Consejo Nacional Electoral, su nombre apareció en el tarjetón.

mitad más uno de los votos (51%), como se establece en el artículo 190 de la Constitución Política de Colombia, la contienda presidencial tuvo que definirse en una segunda vuelta.

La sorpresa de la primera vuelta la dio Fajardo, al obtener casi una cuarta parte de la votación y convertirse, a pesar de perder, en el fiel de la balanza electoral de la segunda vuelta. En el interludio entre la primera y la segunda vuelta, diversos actores de la izquierda y del centro, como Antanas Mockus, trataron de convencer a Fajardo de volcar su respaldo electoral a Petro, con la idea de que este entendimiento cerraría más la contienda y reduciría la ventaja que las encuestas le daban a Duque. Sin embargo, Fajardo, alegando un acto de congruencia, decidió no pronunciarse a favor del candidato de izquierda porque consideró que su electorado, precisamente, lo había votado por sus posiciones centristas alejadas de los extremos de la derecha y la izquierda. En cierta medida, esto terminó reforzando la polarización y, claramente, la posibilidad de mayores continuidades o cambios paulatinos, al desplazar un factor moderado del futuro gobierno.

Cabe señalar que esta polarización, si bien podía ser un estímulo para la politización electoral de la ciudadanía, no presentó grandes transformaciones, ya que la participación se mantuvo en 53% en las dos vueltas, sin mostrar un gran contraste con el alto nivel de abstencionismo que había experimentado Colombia entre 1990 y 2014 (Morelo, 2018).

En la segunda vuelta electoral,³ el 17 de junio, según la información del Consejo Nacional Electoral de Colombia (2018b), el candidato triunfante fue Iván Duque, con 10 398 689 votos (53.22%), en tanto que Gustavo Petro obtuvo el segundo lugar, con 8 040 449 votos (41.15%); el porcentaje restante corresponde a los votos en blanco, nulos y no marcados. Pese a la derrota, Petro consiguió un escaño en el Senado colombiano, como resultado de una reforma hecha en 2015 al artículo 112 de la Constitución Política de Colombia.⁴ De manera general, cabe señalar que esta contienda

³ El total de votos fue de 19 536 404, aunque los votos válidos fueron 19 247 062.

⁴ "El candidato que le siga en votos a quien la autoridad electoral declare elegido en el cargo de Presidente y Vicepresidente de la República, Gobernador de Departamento, Alcalde Distrital y Alcalde Municipal tendrá el derecho personal a ocupar un curul en el Senado, Cámara de Representantes, Asamblea Departamental, Concejo Distrital y Concejo Municipal, respectivamente, durante el periodo de la correspondiente corporación".

electoral, que desde sus inicios fue signada por la polarización, comenzó a obrar como fuerza centrífuga para generar una composición bimodal del sistema de partidos colombiano, aunque difícilmente el centro relativo del sistema dejó de estar corrido hacia la derecha.

Escenarios poselectorales

Aunque Álvaro Uribe dejó la Presidencia de Colombia en 2010, luego de dos periodos, desde su curul en el Senado continuó siendo una figura esencial en el tablero político colombiano y contando con un amplio respaldo entre diversos sectores que consideraban que su mano dura contra la guerrilla fue fundamental para que el Estado colombiano no sucumbiera ante ésta. En la actualidad, Uribe es visto por sus seguidores como el líder moral de la derecha colombiana que se ha opuesto y se opone al proceso de paz logrado entre el Estado colombiano y las FARC-EP. Esto pese a las acusaciones que sus detractores han hecho en su contra por casos de corrupción, falsos testigos e, incluso, por supuestos nexos con el paramilitarismo.⁵

El triunfo de Duque reafirma a Colombia como un país en el que los partidos políticos de izquierda nunca han podido obtener la Presidencia ni desplazar a las élites tradicionales, que históricamente se han emplazado más hacia la derecha del espectro ideológico. Sin embargo, pese a que el representante de la izquierda no obtuvo la victoria, sí logró una votación significativa que lo ubica como un actor con un capital político importante, sobre todo si se toma en cuenta que durante la administración de Santos se modificó la posibilidad de reelección para un segundo mandato presidencial, por lo que Duque no podrá reelegirse.

Aunque Duque ganó las elecciones de manera clara, su gobierno ha generado fuertes cuestionamientos que se han reflejado en una baja aceptación hacia su gestión. De hecho, sus primeros 100 días de gobierno pre-

⁵ Para saber más sobre este tema, véase, por ejemplo, Durán (2018).

sentaron la popularidad más baja para un presidente colombiano en los últimos 20 años.⁶

Entre las problemáticas que ha enfrentado el presidente, destacan las siguientes: primero, la falta de inversión y los recortes en las universidades públicas colombianas, lo cual derivó en multitudinarias marchas estudiantiles a finales de 2018; segundo, las actuaciones bochornosas y fuera de protocolo en sus entrevistas con otros jefes de Estado; tercero, las declaraciones fuera de contexto histórico que hizo en la reciente visita del jefe de la diplomacia estadounidense, señalando que Colombia había recibido un gran apoyo de Estados Unidos de América para la consecución de su independencia; cuarto, se ha exacerbado el asesinato sistemático de líderes sociales⁷ y desmovilizados de las FARC sin que el Estado colombiano implemente acciones contundentes para evitar esto e, incluso, negando abiertamente dicha sistematicidad. Todo lo anterior, sumado a la postura que Colombia ha asumido al reconocer a Juan Guaidó como presidente de Venezuela, ha hecho que su imagen se encuentre fuertemente cuestionada desde la izquierda colombiana, aunque fortalecida en la derecha.

En relación con lo anterior, la fragmentación, la polarización y la violencia continúan siendo la tónica de este país, pese a la firma de los acuerdos de paz con las FARC-EP. El atisbo de cambio de situación de los acuerdos y una oferta electoral creciente hacia la izquierda se han visto obturados por las fuerzas que pretenden conservar el *statu quo* y, por ende, reforzar la senda histórica en la política colombiana.

⁶ “En octubre de 2018 Duque llegó a 47% de favorabilidad y a 41% de desfavorabilidad, según Gallup”. “La impopularidad de Duque sólo se compara con la del expresidente Andrés Pastrana (1998-2002)”, cuya “gestión presidencial tenía una aprobación de 43 % y una desaprobación de 40%” en los primeros meses de su gobierno (Velásquez, 2018, párrs. 13-14).

⁷ “Durante los primeros 100 días de mandato del presidente Iván Duque se han registrado 120 asesinatos de líderes. Los departamentos más afectados durante este año han sido Cauca (48), Antioquia (33), Valle del Cauca (19), Norte de Santander y Putumayo (18), Nariño (13) y Córdoba, Meta y Caquetá (11) ... Por otro lado, este año han sido asesinados 92 exguerrilleros de las FARC” (*El Tiempo*, 2018, párrs. 5-11). Aunque el dato se enfoca en los primeros 100 días de Iván Duque como presidente, la violencia contra los líderes ha continuado.

México

La contienda electoral

La historia política mexicana durante el siglo xx estuvo marcada por una revolución y la posterior hegemonía del autoritarismo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) hasta 2000 —cuando el Partido Acción Nacional (PAN) ganó en dos ocasiones la Presidencia (2000-2012)—. Más adelante, la sobrevivencia del PRI a través de una suerte de “democratización” (Langston, 2017) le permitió gobernar otro sexenio (2012-2018).

Las elecciones de 2018 en México llegaron bajo dicho contexto y fueron, en su historia, las más grandes por cantidad de empadronados y cargos en juego; pero también las más violentas, ya que, entre septiembre de 2017 y julio de 2018, 774 políticos fueron víctimas de agresiones y hubo 152 de éstos asesinados, de los cuales 48 eran precandidatos (Etellect Consultores, 2018). Asimismo fue una contienda electoral signada por la rápida *internetización* del electorado mexicano, lo cual abrió camino a un limbo ubérrimo para manipulaciones (*fake news*) y nuevas formas de interlocución digital con el votante.⁸

Sin embargo, una de las principales características de esta disputa presidencial es aquello que Alejandro Moreno (2018) identifica como el “desalineamiento partidario y debilitamiento del partidismo” (p. 11). Este fenómeno se manifestó en el caso del PAN, que tuvo una pérdida de votantes histórica, por un lado, y querellas, faccionalismo y fractura interna, por otro. Esto se observó especialmente en la designación del candidato presidencial y la tensión que generó en el partido la riña entre Margarita Zavala (esposa del expresidente Calderón) y Ricardo Anaya. Incluso, luego de la contienda electoral, el 25 de agosto de 2018, el expresidente del PAN Gustavo Madero hizo explícito el desgaste que trajo la disputa intestina en este partido a través de un tuit: “Es triste reconocer que quie-

⁸ En este marco, la plataforma www.verificado2018.mx sirvió de manera constante, innovadora y eficaz para comprobar la veracidad de las declaraciones de los candidatos durante la campaña.

nes más criticaron a @RicardoAnayaC acabaron teniendo razón... Y que quienes lo apoyamos, perdimos y nos equivocamos” (*Reporte Índigo*, 2018).

Otro de los elementos que puede contribuir a la tesis de Moreno (2018) es que en esta ocasión el PAN forjó una alianza con su otrora enemigo el Partido de la Revolución Democrática (PRD) —generalmente vinculado con López Obrador—, lo cual confundió a los votantes de ambos partidos, al desdibujar sus tradiciones y posiciones ideológicas, difuminando la distinción izquierda-derecha como un elemento ordenador del electorado mexicano.

No obstante, el gran perdedor de esta elección fue el partido gobernante (PRI); esto, en gran medida, producto de la exacerbada impopularidad (80%) del presidente saliente, Enrique Peña Nieto (Consulta Mitofsky, 2018). Lo dicho determinó que la candidatura de José Meade, exsecretario de Hacienda, fuera insípida e inocua, dejando a muchos votantes priistas huérfanos de una oferta que recuperara las banderas (nacionalistas y revolucionarias) de su partido.

Los yerros del PAN, los virajes del PRD y los huérfanos del PRI fueron aspectos que, claramente, sirvieron de acicate para que la novel agrupación Morena, en la Coalición “Juntos Haremos Historia”,⁹ encabezada por López Obrador, obtuviera una aplastante victoria. Lo expuesto, además, porque no tuvo lastres de *malos gobiernos*; obtuvo una resiliencia para confrontar el discurso castro-chavista (tan efectivo en Colombia y Brasil) que se había movilizó para la elección de 2006; no existieron querellas internas para elegir al candidato, y su coalición con el Partido Encuentro Social, de tendencias evangélicas, fue eficaz y no desdibujó a Morena.

Los resultados electorales

La victoria de Andrés Manuel López Obrador —después de dos intentos fallidos, en 2006 y 2012— con una organización partidaria nueva y las marcas de desafección ciudadana hacia las fuerzas tradicionales (PRI,

⁹ Alianza que incluye tres partidos, dos de tendencia de izquierda progresista, Morena y el Partido del Trabajo (PT), y uno de tendencia conservadora y evangélica, el Partido Encuentro Social (PES).

PAN y PRD) ha provocado, como declara Joy Langston, una ruptura clara del sistema de partidos en México, ya que “no es nada más un giro a la izquierda, sino un colapso de por lo menos dos de los tres institutos político-partidistas grandes del sistema de partidos mexicano” (citado en *La Jornada Aguascalientes*, 2018, párr. 2).

En efecto, López Obrador obtuvo alrededor de 30 millones de sufragios (53 %); más del doble de ventaja frente a 22 % que alcanzó Anaya, con 12 millones, y el triple de 16 %, con nueve millones, que consiguió Meade (Instituto Nacional Electoral [INE], 2018). Así, se convirtió en el candidato con la mayor cantidad de votos totales y porcentuales en los últimos 35 años.¹⁰ Morena y su coalición obtuvieron la mayoría simple en ambas cámaras y conquistaron cinco de los 31 estados de la república (Aragón Falomir, Fernández de Lara Gaitán y Lucca, 2019).

En contraste con el caso colombiano, donde se reforzó el retorno hacia un *statu quo*, en México una primera lectura de los resultados electorales arrasadores por parte de Morena parece referir a una senda de cambio y gran transformación. Sin embargo, es necesario mesurar este espejismo coyuntural o idea de ruptura, por varias razones. Primero, en el ámbito estatal, Morena gobierna a 25 millones de ciudadanos, lo cual implica solamente 20 % de la población, mientras que el PRI controla todavía 12 estados (con 44 millones de ciudadanos, 35 %) y el PAN gobierna en 11 entidades (con 28 millones, 22 %).¹¹ Segundo, de los 30 millones de electores que votaron por López Obrador, es importante identificar y diferenciar los 13 millones de votos que corresponden a un electorado leal, de los restantes sufragios producto de la orfandad priista y el andar errático del PAN y el PRD. Tercero, gran parte del ideario y de las élites de Morena son herencia de la tradición nacional revolucionaria y estatista del PRI y el PRD.

¹⁰ Sólo superado por un candidato único, López Portillo (90.1 %), en 1976, y por Miguel de la Madrid (70 %) en 1982.

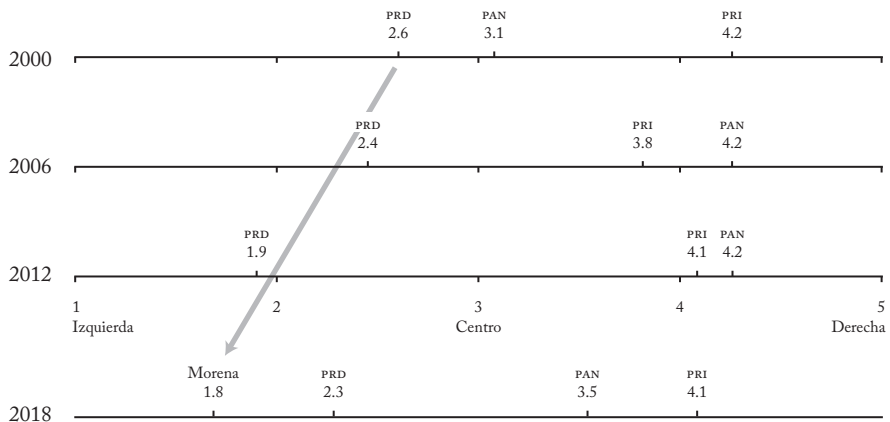
¹¹ La población restante es gobernada por partidos menores, cuyo posicionamiento real frente a las dos fuerzas tradicionales y a Morena se desconoce. Movimiento Ciudadano (MC) gobierna Jalisco (ocho millones); el PRD cuenta con dos estados (seis millones). Por su parte, un gobernador independiente, Jaime Rodríguez, dirige Nuevo León (cinco millones).

Escenarios de cambio y de continuidad con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador

A poco tiempo de haber tomado posesión, López Obrador ya cumplió con algunas de sus propuestas de campaña. Por un lado, acciones simbólicas como la venta del lujoso avión presidencial, la apertura de la residencia presidencial (los Pinos) al público, la disminución de su salario y la supresión de la pensión a expresidentes, entre otras. Además, en este periodo, también se derogó la reforma educativa impulsada por su predecesor; aumentó el salario mínimo (de 88 a 103 pesos diarios); se firmó el Decreto de Estímulos Fiscales de la Región Fronteriza Norte, para hacerla competitiva frente a los EE. UU., y el plan para la construcción de refinerías petroleras en el país.

En cuanto a la ruptura de los partidos tradicionales que los especialistas avizoraron en 2018, cabe señalar que —tomando en cuenta el posicionamiento ideológico— lo que se observa (véase la figura 1) es más una metamorfosis del sistema electoral que una ruptura en el sentido estricto, ya que se considera a Morena de 2018 con la misma posición ideológica que el PRD de 2012.

Figura 1. Ubicación promedio de los muy partidistas en la escala izquierda-derecha



Fuente: Moreno (2018, p. 85).

Asimismo, de acuerdo con los resultados de la primera *consulta ciudadana* realizada por Obrador, criticada por su dudoso mecanismo de muestreo estadístico (efectuado antes de asumir el mandato; por lo tanto, sin jurisdicción ante los órganos electorales), se determinaron dos de las más polémicas acciones en el inicio de su gobierno: detener la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de México (NAIM) e iniciar la construcción del Tren Maya en la zona sureste del país.

La propuesta de creación de la Guardia Civil, cuestionada por el Congreso y por algunos miembros de su bancada partidista, provocó, incluso, las primeras enemistades al interior de Morena. Sin embargo, finalmente fue aprobada, por 463 votos a favor y uno en contra (Cervantes, 2019). En el rubro, el presupuesto para 2019, en que se redujo el financiamiento a las universidades y a la cultura, provocó reacciones que —a pesar de ser finalmente corregidas— se sumaron a un clima de rispidez y enemistad en crecimiento.

A este panorama hay que añadirle, por un lado, el desacierto de nombrar al escritor Paco Ignacio Taibo II como director del Fondo de Cultura Económica (FCE), lo cual provocó un oprobio al *statu quo* editorial (Krauze, 2018),¹² y, por el otro, la principal crisis política fue la caída de un helicóptero, el 24 de diciembre, donde viajaban la entonces gobernadora de Puebla, Martha Alonso, y su esposo, Rafael Moreno Valle (exgobernador del estado), ambos pertenecientes al PAN. La elección en Puebla levantó múltiples polémicas.

Además, cabe señalar que la actual problemática migratoria con los EE. UU. ha ido en franca escalada, lo cual es (y será durante toda su gestión) uno de los desafíos diplomáticos más importantes para López Obrador y su canciller, Marcelo Ebrard, ya que las *buenas relaciones* que hasta el momento se observan con Donald Trump pueden siempre degenerar en una imposición de los intereses del vecino del norte frente a una voluntad de cambio de régimen en México, injerencia a la que Obrador se opone, pero

¹² Para que Taibo asumiera, fue necesario reformar la Constitución (ya que nació en España), acción que provocó férreas críticas.

que siempre es posible en América Latina —como claramente se ve en la crisis en Venezuela— (Schenoni y Mainwaring, 2019). Por otra parte, en enero de 2019, López Obrador, y su *cuarta transformación*, debió hacer frente a una de sus mayores crisis sociales: la lucha contra el *huachicoleo* (robo de gasolina).

En este marco de oportunidad para el cambio que supuso la llegada de Morena a la Presidencia, pero tomando en cuenta también las controvertidas medidas propuestas por López Obrador en sus primeros meses de gestión, cabe preguntarse hasta cuándo crecerá o mantendrá su capital político. Gran parte de las respuestas a esta escena de transformación de la política mexicana se contestarán no sólo por el impulso del gobierno y su accionar, sino por la capacidad de reacción y de respuesta que logren los sectores de la oposición, luego de la desorganización en que han quedado tras el cimbronazo de la elección de 2018.

Paraguay

La contienda electoral

En las presidenciales de 2018, se presentaron 10 candidaturas en total, pero las elecciones se polarizaron únicamente en torno a dos: la del colorado Mario “Marito” Abdo Benítez y la del liberal Efraín Alegre, en el marco de una alianza con la izquierda; lo cual marca, una vez más, la centralidad que todavía ocupan los partidos tradicionales de Paraguay (Pérez Talia, 2018a).

Por el lado del Partido Colorado, Abdo Benítez derrotó en las primarias de su partido a Santiago Peña, candidato del presidente saliente, Horacio Cartes (2013-2018). Durante la campaña de las primarias, Abdo Benítez mantuvo un discurso férreo contra Cartes por su gabinete mayormente técnico, a la vez que proponía la recuperación de la dignidad y militancia del coloradismo en el poder, y criticaba a su rival en las elecciones internas por ser originario del opositor Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA).

La primaria colorada no sólo estuvo polarizada, sino también plagada de discursos extremadamente agresivos. Sin embargo, tras el triunfo de

Abdo Benítez, éste priorizó la unidad partidaria e impulsó el acercamiento a Cartes, con el fin de reducir los niveles de intensidad y emprender el famoso *abrazo republicano*, todo un ritual clásico dentro del coloradismo.

En el sector opositor, el Partido Liberal y la izquierda lograron concretar un acuerdo semejante al que en 2008 llevó a la Presidencia a Fernando Lugo, a fin de enfrentar nuevamente unidos al Partido Colorado. El candidato a presidente fue el liberal Efraín Alegre y la candidatura a vicepresidente recayó en Leo Rubín, un comunicador sin trayectoria política, quien defendía los derechos indígenas, medioambientales y campesinos.

El camino de la oposición para concretar el acuerdo fue prolongado y sinuoso. La alianza ganadora en la elección de 2008 entre la izquierda y los liberales había acabado abruptamente tras el juicio político a Lugo, destituido con votos de sus aliados liberales (Pérez Talía, 2017a). Eso llevó a que en las presidenciales de 2013 la izquierda y los liberales fueran por caminos separados, con lo que se aseguró el retorno del Partido Colorado al poder (Solís y Cerna, 2013; Turner, 2014).

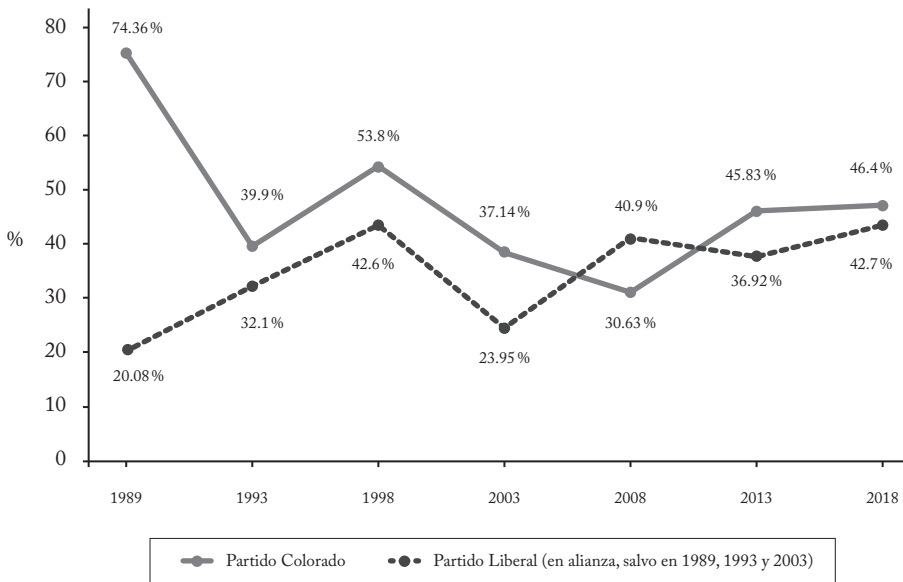
El intento de introducir la reelección presidencial en 2017 fue otro motivo de crisis en la oposición. El presidente Cartes buscó activamente la aprobación constitucional de la reelección, en alianza con Lugo y un sector del liberalismo. La oposición a la reelección estuvo liderada por el presidente del Partido Liberal, Efraín Alegre; el colorado no oficialista Abdo Benítez, y el intendente de Asunción, el izquierdista Ferreiro. Este episodio generó una fuerte crisis institucional (González Bozzolasco, 2017; Carrizosa, 2018) y, en consecuencia, la reelección finalmente no prosperó, pero la oposición había quedado fragmentada. A pesar de las “deudas pendientes” entre ambos bandos, los opositores decidieron hacer “borrón y cuenta nueva”, y lograron unos meses después concretar la alianza (Pérez Talía, 2017b).

Los resultados electorales

Los resultados electorales confirmaron, una vez más, el triunfo del coloradismo en la era democrática de Paraguay. De las siete elecciones en democracia, en seis ha logrado ganar el Partido Colorado. Y, si bien la oposición

emprendió una nueva e importante alianza con casi todos los sectores no colorados, no fue suficiente para impedir la continuidad de este partido por cinco años más en el poder.

Figura 2. Elecciones presidenciales en la era democrática en Paraguay



Fuente: Tribunal Superior de Justicia Electoral (TSJE) de Paraguay.

Sin embargo, los resultados de 2018 arrojan algunas particularidades: primero, es el segundo mejor desempeño del Partido Colorado en las presidenciales, asumiendo que las elecciones de 1989 fueron inaugurales, parcialmente libres y no limpias; segundo, fueron las mejores elecciones del Partido Liberal en alianza, aunque no les alcanzara para ganar el poder; tercero, el Partido Colorado volvió a utilizar su invariable fórmula electoral de presidente y vicepresidente integrada exclusivamente por afiliados colorados, y el Partido Liberal utilizó, por cuarta vez, la figura de la alianza (1998, 2008, 2013 y 2018), en la cual la fórmula presidencial se integraba

con candidatos de otros partidos; cuarto, el Partido Colorado volvió a ser —como en todas las elecciones en la era democrática— el más votado en la arena legislativa, y quedó con mayoría propia en la Cámara de Diputados (42 de 80 bancas) y a seis escaños de tener mayoría propia en la Cámara de Senadores (17 de 45 bancas).

El triunfo de Abdo Benítez se dio en el marco de una campaña presidencial colorada muy poco estridente, con consignas básicas que apelaban directamente al sentimiento tradicional de su partido: *coloradizar* nuevamente la administración pública (en abierta contraposición a la gestión tecnocrática de Cartes); la vuelta del servicio militar obligatorio para los jóvenes, como respuesta a las altas tasas delictivas (con el objetivo de que aprendan disciplina y patriotismo); luchar contra la corrupción estatal, etc. A esto habría que sumar su reivindicación en campaña a la dictadura del general Stroessner (*La Nación*, 2017), máxime cuando Abdo Benítez es hijo de un alto jerarca de la dictadura stronista.

La alianza opositora basó su programa en algunas consignas dirigidas a las clases más excluidas, como una nueva política energética, en torno a las hidroeléctricas de Itaipú y Yacyretá, que sirviera de generadora de empleos; incentivación a la agricultura familiar campesina, y una reforma tributaria más equitativa.

Un hecho que merece ser destacado guarda relación con la guerra de encuestas por parte de los medios hegemónicos de Paraguay y las denuncias de fraude durante el juzgamiento de actas electorales. Tanto *ABC* como *Última Hora* (los dos medios periodísticos más importantes del país) e, incluso, los Multimedios, que son propiedad del expresidente Cartes, publicaban encuestas que daban un triunfo aplastante y “estadísticamente irreversible” al entonces candidato Abdo Benítez.

A lo anterior, hay que sumar que, el día de las elecciones desde temprano, prácticamente todos los medios periodísticos brindaban datos del triunfo abrumador del candidato “que siempre estuvo bien arriba en las encuestas”. Pero, para sorpresa de todos, Mario Abdo derrotó a la alianza opositora por apenas 3%. Lo llamativo del caso es que no hubo un evento político de tanta importancia que haya podido reducir drásticamente el

panorama de triunfo colorado aplastante brindado por las encuestas y los medios de prensa hegemónicos (Pérez Talia, 2018b, p. 50).

Meses después se divulgaron audios filtrados de un alto funcionario del Tribunal Electoral; en éstos, se le oye decir que está dispuesto a cambiar actas electorales si el Partido Colorado se lo pide y afirma que tiene suficiente protección tanto del TSJE como del propio PC.

No es posible concluir que el triunfo colorado se explique únicamente a partir de las encuestas falsas difundidas por los medios hegemónicos, pero quedará la duda de qué hubiera ocurrido si las encuestas y la prensa hubieran transmitido desde un comienzo el verdadero escenario electoral, el de una elección apretada. Como fuere, los hechos denunciados restan, indudablemente, legitimidad al proceso electoral paraguayo (Villalba Portillo, 2018) y, en última instancia, afectan también la credibilidad del presidente Mario Abdo.

Escenarios de cambio y de continuidad con el gobierno de Abdo Benítez

Si bien Abdo Benítez, desde que asumió, se enfrentó vigorosamente a Cartes, y ambos son líderes de las dos facciones más grandes en las que se divide el coloradismo, no parece, al final de cuentas, que su gobierno vaya a ser muy diferente al de su predecesor. Por un lado, la continuidad colorada en el gobierno garantiza la persistencia del modelo conservador de su partido: estabilidad macroeconómica, bajos impuestos —sobre todo para los agroexportadores— y endeudamiento externo con bonos soberanos para financiar el déficit en infraestructura. Por otra parte, el presidente se muestra fiel a las viejas tradiciones conservadoras del país, como cuando manifestó: “yo creo en los principios bíblicos, el Génesis y yo creo en la familia”, advirtiendo que vetará inmediatamente cualquier intento de proyecto de ley que promueva el matrimonio igualitario o el aborto (Pérez Talia, 2018b, p. 52).

No obstante, estas pétreas continuidades coloradas no deben obnubilar aquellos obstáculos que signan el gobierno de Abdo Benítez, como su debilidad en cuanto al apoyo parlamentario, que no pasa de un máximo de 10 senadores leales (de 45 en total) y de una veintena de diputados leales (de 80

en total). Empero, cabe señalar que Abdo Benítez tuvo la virtud de congregar, bajo su liderazgo y desde el Senado, a todo grupo, militante y facción, por muy pequeña, sin vínculos con Cartes; además, logró derrotar en las primarias coloradas al candidato de este último y se produjo una alternancia de poder en el seno del coloradismo. Sin embargo, queda por ver si logra consolidar con el paso del tiempo un liderazgo de coalición que le permita gobernabilidad.

De la misma manera, esta alternancia entre facciones internas del coloradismo presenta algunos cambios sustantivos que tener en cuenta: primero, el paso de un gabinete de tecnócratas y gerentes (sobre todo al comienzo de la gestión de Cartes) a un gabinete de la militancia tradicional, mayormente colorada; segundo, un presidente de la República que no controla el aparato partidario, sino que el Partido Colorado está en manos de la principal facción opositora, la de Cartes; tercero, el fuerte acercamiento de Abdo Benítez hacia la oposición, seguramente por su débil apoyo parlamentario colorado.

Brasil

La contienda electoral

La elección brasileña de 2018 se dio en el marco de la crisis del Partido de los Trabajadores, el desplome de la economía, el aumento de la política contenciosa, el debilitamiento de la figura presidencial tras el juicio político a Dilma Rousseff, fuertes niveles de violencia política (desde el asesinato de la concejal carioca Marielle Franco hasta la puñalada a Jair Bolsonaro), una gran fragmentación político-partidaria, una fuerte concentración de grupos de interés en el espacio legislativo (como la bancada de la Biblia, buey y bala [bancada BBB]), y una representación política que —al igual que en México— se concentraba más en las redes sociales como Facebook que en el espacio público de los medios tradicionales (Ribeiro, Vizoná y Cassotta, 2016; Singer, 2018).

En este contexto convulsionado, la elección presidencial adquirió matices inusitados, primero, porque el candidato con mayor intención de votos

(Lula da Silva, del PT) se encontraba imposibilitado jurídicamente de participar por la Ley de la Ficha Limpia; segundo, los candidatos de las demás fuerzas mayoritarias, como el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), el Partido Democrático Laborista (PDT, por sus siglas en portugués) o el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), no tenían capacidad efectiva para construir opciones electoralmente seductoras; tercero, el ingreso de un *outsider* como Jair Bolsonaro, del Partido Social Liberal (PSL), modificó la orientación de la contienda electoral.

De cara a la elección presidencial del 7 de octubre, Fernando Haddad reemplazó a Lula, sin lograr trasladar la popularidad del *lulismo* hacia su figura, aunque tampoco pudo despegarse del antipetismo impregnado en gran parte de la sociedad del centro, el sur y el sureste de Brasil. Por su parte, Bolsonaro creció, no sólo por el debilitamiento del PT y de sus candidatos, sino también por su visibilidad pública gracias al atentado sufrido en Juiz de Fora en plena campaña, la centralidad que los medios otorgaban a su agenda electoral, el apoyo del iracundo antipetismo en las redes (incluso con contenidos inciertos o directamente *fake news*), y la estructura territorial que consiguió a través del apoyo de los sectores y los medios de comunicación vinculados con las iglesias evangélicas.

Los resultados electorales

En el primer turno electoral, Bolsonaro obtuvo alrededor de 46% de los votos, frente a los endebles desempeños de los partidos tradicionales —como el PT (29%), el PDT (12%), el PSDB (4%) o el MDB (1%)— y de los partidos recientes —como el Partido Nuevo (conocido como NOVO, haciendo referencia a “nuevo” en portugués; 2%), el Partido Patriota (Patri, 1%), Red de Sostenibilidad (o simplemente REDE, haciendo referencia a “red” en portugués; 1%)—. En la segunda vuelta, Bolsonaro tuvo nuevamente la ventaja frente a su contendiente petista, al conseguir 55.13 y 44.87%, respectivamente, con lo que se convirtió en el presidente de la República Federativa de Brasil.

Observando con detalle la elección en el plano territorial, el éxito de Bolsonaro se concentró en el centro, el sur y el sudeste, sin poder horadar

el bastión petista del norte y el nordeste (con excepción de Amapá y Ceará). Bolsonaro primó en 16 estados y Haddad sólo en 11; sin embargo, en el nivel municipal, el candidato del PT venció en 2810 ciudades y Bolsonaro en 2760. Ahora bien, el desempeño electoral del candidato del PSL fue mayoritario en las capitales y las grandes metrópolis, al ganar en 21 y Haddad únicamente en seis (Sorano, 2018).

Si se contempla la elección en el Legislativo, se aprecia que el gran desempeño de Bolsonaro se replicó en esta esfera, al conseguir 51 bancas más para diputados que en 2014, cuando obtuvo únicamente su propia curul. Tras la elección de 2018, el PT es aún la principal bancada (56 escaños) en la Cámara de Diputados, a pesar de no conseguir renovar 13 escaños. Esta tendencia decreciente se aprecia igualmente en los demás partidos mayoritarios: el MDB no pudo renovar 32 bancas, el PSDB perdió 25 curules, el PTB abrió mano a 15 diputados, etcétera. La misma situación se replicó en el Senado, donde el MDB es todavía la principal bancada (12), pero no consiguió renovar seis escaños en la elección de 2018; el PSDB (ocho) perdió dos bancas respecto a 2014, y el PT (seis) obtuvo seis senadores menos. En contrapartida, el partido de Bolsonaro consiguió, por primera vez, una representación en el Senado, con una bancada de cuatro escaños.

Escenarios de cambio y de continuidad con el gobierno de Bolsonaro

La llegada de Jair Bolsonaro a la Presidencia de Brasil es claramente un cisma en la política brasileña, ya que implica un marcado contraste en relación con la historia democrática reciente, por varios aspectos. En primer lugar, porque se da el ingreso de las fuerzas de seguridad a la gestión pública, y la presencia de exmilitares y policías en las arenas de representación política, lo que contrasta con el perfil social (sindicalistas y de movimientos sociales) de las élites que arribaron de la mano del PT en 2002 (Martins Rodrigues, 2004; Gelape, Moreno y Caesar, 2018).

En segundo lugar, porque la difícil combinación entre presidencialismo y multipartidismo, que pudo resolverse durante los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso y Lula a través del presidencialismo de coalición, debe

hacer frente a partir de 2018 a la fragmentación partidaria más profunda en la historia política brasileña, ya que el número efectivo de partidos es de 16.4 y el índice de concentración de las tres principales fuerzas en el Parlamento es de 28.2% (Palermo, 2018). A primera vista, la estratagema de Bolsonaro implicaría reemplazar la búsqueda de una coalición partidaria por un articulador ideológico que atravesase transversalmente a múltiples partidos desde el centro hasta la derecha, configurando un “presidencialismo de bancada conservadora”.

En tercer lugar, porque la orientación de políticas públicas que propone el gobierno de Bolsonaro resulta temeraria, cuando no contradictoria o incierta, con iniciativas que van desde combatir la globalización, enfrentar a China o restar interés al Mercado Común del Sur (Mercosur), a pesar de ser éstos los principales socios económicos; alentar la eficiencia (y privatización) de empresas públicas consideradas focos de corrupción, sin debilitar el factor geoestratégico y nacionalista de los recursos que éstas revisten; profundizar la batalla cultural y el control social con los sectores del amplio campo del progresismo (que el propio Bolsonaro señala como comunistas), lo que derivará en un auge de la conflictividad social y, en contrapartida, fortalecerá al PT como principal fuerza de oposición. En el rubro, la agenda de militarización de la sociedad brasileña que propone Bolsonaro para abordar el problema de la seguridad resultará en una escalada de violencias —incluso estatales— que podrían provocar un desencanto con su gestión.

En resumidas cuentas, es un presidente que en su campaña vociferó y atacó a las minorías, a sus opositores, a los medios, a los educadores e, inclusive, la pulcritud de las reglas del juego y sus resultados; que utilizó un arsenal mediático en las redes sociales para imponer un sentido de *autoverdad* de su relato y una rabia y furia contra el PT; que cuenta con el beneplácito y el apoyo de las fuerzas armadas, la extensa bancada BBB y los sectores económicos afines a un esquema neoliberal acérrimo, para determinar la orientación de sus políticas públicas; y que actúa en un escenario de fragmentación y deterioro de las fuerzas otrora mayoritarias, como para que sirvan de contrapeso. Con todos estos factores, es posible señalar que el gobierno de Bolsonaro reabre la senda de corte conservador que imperó históricamente en Brasil hasta la llegada del PT, aunque claramente con

una deriva o componente posautoritario que pone en peligro la democracia brasileña en su conjunto (Levitsky y Ziblatt, 2018; Lucca e Iglesias, 2019).

Conclusiones

Según el reporte del Latinobarómetro (2018), el pasado fue un “*annus horribilis* ... por los resultados de las contiendas electorales, las acusaciones de corrupción, los presidentes presos, las empresas corruptas, las migraciones masivas más altas de la historia” (p. 4).

Empero, si bien las elecciones de 2018 ponen en evidencia la inestabilidad política de *giros* o nuevas *olas* que refuerzan la incertidumbre, sedimentan también el camino hacia una democratización poliárquica plena. Es por ello que en esta investigación comparativa se ha buscado, desde la heterogeneidad, encontrar denominadores comunes que siguen siendo trascendentales para comprender la realidad latinoamericana, por un lado, y delimitar factores singulares que permiten darle precisión al contraste de los contextos de los cuatro casos estudiados, por el otro.

Una de las continuidades más importantes que se reveló en el estudio es que las fuerzas tradicionales conservan una centralidad significativa en Colombia o en Paraguay, a diferencia de lo que se observa en el caso mexicano, donde la debilidad del PRI y el PAN abrió el espacio para el ingreso de una nueva fuerza política en la izquierda del electorado, o en el caso brasileño, donde la flaqueza del PT, el MDB y el PSDB permitió la entrada de una propuesta política por el extremo derecho. Sin embargo, cabe señalar que tanto los grandes partidos mexicanos (el PRI y el PAN) como los brasileños (el PT, el MDB y el PSDB) continúan —al igual que el PLRA en Paraguay— con una fuerte presencia gubernativa a nivel subnacional, por lo que la derrota no implica necesariamente su muerte política y su regreso futuro no resultaría inverosímil.

Asimismo los cuatro casos presentan una clara evidencia de la centralidad de los liderazgos como articuladores en la contienda electoral, lo cual es una marca indeleble de la historia política latinoamericana, tal y como pudo observarse con mayor claridad en el caso de López Obrador en México, en la

imposibilidad de Lula como candidato o en el auge de Bolsonaro en Brasil, pero también en la impronta de Uribe en Colombia o en la rapidez con que se cohesionó el cariz bifronte del Partido Colorado (entre Cartes y Abdo Benítez) una vez resueltas las elecciones primarias en Paraguay.

En la contienda electoral de 2018, la característica común antes aludida se mostró aún más agravada por la personalización de la disputa electoral que reforzaron las estrategias de comunicación política digital. En este sentido, todos los casos demostraron que la contienda estuvo influida por la manipulación de la información en la esfera pública o el uso de mecanismos digitales de forma desleal para la persuasión del voto y el refuerzo del candidato cercano al *establishment* mediático. Así, no resulta menor que el discurso castrochavista o el fantasma de Venezuela estuvieran presentes en las agendas de los medios y candidatos del *statu quo* de los cuatro países, aunque claramente con menor impacto en México que en los demás casos analizados.

Entre las principales diferencias, resuena en el caso brasileño la falta de experiencia del nuevo presidente. En efecto, en Brasil la elección encendió la luz roja, ya que el PT perdió la contienda apostando por Lula, sin observar que las crisis social, política, económica y de corrupción del país nutrieron el voto anti-PT. Cabría la posibilidad de que el Partido de los Trabajadores retorne a la centralidad del sistema de partidos, o de que Colombia Humana, con Gustavo Petro, provoque un quiebre del sistema frente a los cuestionamientos que han surgido, en un lapso corto, respecto al gobierno de Iván Duque. En un contexto similar se encuentra Marito, en Paraguay, donde Efraín Alegre podría aprovechar su debilidad para estimular un quiebre en la próxima elección. En este sentido, en el caso mexicano, después de haber vivido la ruptura del sistema en 2018, Morena también podría enfrentarse al regreso de los partidos tradicionales si logran reorganizarse y conseguir cohesión interna.

Colombia presenta la particularidad, en contraste con los casos brasileño, mexicano y paraguayo, de que nunca ha dado un giro hacia la izquierda. Se ha caracterizado por el hecho de que sus élites a niveles nacional y subnacional han oscilado entre el centro y la derecha extrema, haciendo uso de la polarización social con fines electorales. Esta fortaleza de la derecha tuvo sustento en el contexto de violencia generada por grupos armados, como las

FARC-EP, el M-19 y el Ejército de Liberación Nacional. Sin embargo, pese a la fuerza del uribismo y el avance que presentó la izquierda, la elección presidencial de 2018 evidenció que hay un sector del electorado (25 % de quienes votaron) que se ubica en el centro del espectro ideológico y no ve como opciones ni a la izquierda ni a la derecha, lo cual abre una ventana de oportunidad para el surgimiento de nuevos liderazgos que recojan esta inconformidad y se presenten como una alternativa.

Ahora bien, ¿cuáles son los escenarios democráticos a futuro que abrieron las elecciones de 2018? Teniendo en cuenta el informe del Latinobarómetro (2018, p. 52), cabe señalar que la confianza en los partidos políticos es muy baja: Brasil tiene sólo 6 %, mientras que México, Paraguay y Colombia superan 20 %. En cuanto a la satisfacción con la democracia, el panorama de los cuatro casos se asemeja a un caleidoscopio de múltiples refracciones en sentidos diversos, ya que en Colombia la satisfacción aumentó de 17 a 25 %, pero en Brasil cayó de 49 (en 2010) a 9 % (en 2018), mientras que en México y en Paraguay los valores son igualmente bajos, 16 y 24 %, respectivamente.

Sobre México, es probablemente el caso que revela mayor fragilidad e incertidumbre, con cifras electorales engañosas y un voto cambiante exigente e impaciente que puede darle la espalda al gobierno si no cumple con las altas expectativas generadas —lo cual podría fraguar el apoyo a opciones de extrema derecha, como en Brasil o en Colombia—.

Paraguay, por su parte, sigue siendo un país donde la mayoría de las personas apoyan un régimen autoritario —sabiendo que Marito es posiblemente el presidente más débil en la era democrática—. Esto nos llevaría a observar que Paraguay y México cuentan con las tristes condiciones para una regresión autoritaria, en tanto que Brasil naufraga por los lindes de un régimen democrático (o ciertamente posautoritario).

En el caso de Colombia, parece que se dará continuidad a la dialéctica amigo-enemigo, tan presente a lo largo de su historia y usada estratégicamente por el uribismo para reforzar, con fines electorales, la polarización ideológica entre la sociedad, bajo la premisa de la necesidad de mano dura contra las amenazas al *orden* establecido, aunque éste implique prácticas que atentan contra el Estado de derecho, como sucede con el paramilita-

rismo, la erradicación sistemática de líderes sociales y de los desmovilizados de las FARC-EP.

Claramente, las elecciones de 2018 en los cuatro países analizados no se encuentran desconectadas de las tendencias y los patrones de la política latinoamericana, en donde los liderazgos siguen siendo la piedra de toque, mientras que los partidos son estructuras fragmentadas, informales —cuando no frágiles— que se enfrentan de forma mucho más lenta a una sociedad en transformación socioeconómica tras la caída de los *commodities* y el cambio hacia horizontes de interfaces digitales.

En este contexto, los resultados electorales muestran claramente que aquello que se pone en debate es la tensión entre la potencia del *statu quo* (del coloradismo y el uribismo en Paraguay y Colombia, respectivamente) y el alcance del desafío (por la izquierda en el caso mexicano o por la derecha en el brasileño), más que una disputa en torno a los ciclos político-ideológicos en América Latina entre izquierda-derecha. Por ende, de cara al ciclo político que se abrió en 2019, es de esperar que la centralidad de fuerzas como el Frente Amplio (FA) en Uruguay, el Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia o, incluso, el gobierno de Cambiemos en Argentina se enfrenten al desafío de expresiones del *statu quo ante*, como puede ser, por ejemplo, el intento de regreso de los blancos en Uruguay, del peronismo en Argentina o de Carlos Mesa en Bolivia. Sin embargo, siempre queda latente la posibilidad de que un *outsider*, en esencia o en apariencia —como es el caso de Juan Sartori en Uruguay o de Marcelo Tinelli en Argentina—, pueda ser el rostro de la continuidad en el cambio o la ruptura sin fisuras.

Por ende, el resultado de este escrito ha sido mapear una parte de la realidad que algunas veces, parafraseando a Jorge Luis Borges, se preconfigura como un “jardín de senderos que se bifurcan”; pero que, vista desde un caleidoscopio comparativo, nos permite, al decir de J. W. von Goethe, “ver lo preciso, lo iluminado, no la luz”.



Fuentes de consulta

- ABC* (2018, 15 de agosto). “Discurso íntegro de Mario Abdo Benítez”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <http://www.abc.com.py/nacionales/discurso-integro-de-mario-abdo-benitez-1731335.html>
- Aragón Falomir, Jaime; Fernández de Lara Gaitán, Alfredo Edmundo; y Lucca, Juan Bautista (2019, enero-abril). “Las elecciones de 2018 en México y el triunfo del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)”. *Estudios Políticos*, 54, 286-308.
- Carrizosa, Andrés (2018, agosto). “Paraguay 2017: competencia política en las cámaras, en las calles y en las urnas”. *Revista de Ciencia Política*, 2 (38), 335-360.
- Cervantes, Jesusa (2019, febrero). “Guardia Nacional es aprobada por diputados tras 100 días de debates y modificaciones en el Congreso”. *Proceso*. Recuperado el 29 de febrero de 2019, de <https://www.proceso.com.mx/573572/guardia-nacional-es-aprobada-por-diputados-tras-100-dias-de-debates-y-modificaciones-en-el-congreso>
- Consejo Nacional Electoral de Colombia (2018a). “Cuadro de resultados del escrutinio. Elecciones de presidente y vicepresidente”. Recuperado el 6 de febrero de 2019, de http://elecciones1.registraduria.gov.co/esc_pre_1v_2018//docs_divulgacion/00/000/PRE/E24/E24_PRE_0_00_XXX_XXX_XX_XX_XXX_X_XXX_0101.pdf
- Consejo Nacional Electoral de Colombia (2018b). “Resultado del escrutinio general. Elecciones de presidente y vicepresidente”. Recuperado el 6 de febrero de 2019, de http://elecciones1.registraduria.gov.co/esc_pre_2v_2018//docs_divulgacion/00/000/PRE/E26/E26_PRE_0_00_XXX_XXX_XX_XX_XXX_X_XXX_0101.pdf
- Constitución Política de Colombia. disponible en <http://wsp.presidencia.gov.co/Normativa/Documents/Constitucion-Politica-Colombia.pdf>
- Consulta Mitofsky (2018, noviembre). “Evaluación final de gobierno: Enrique Peña Nieto”. Recuperado de <http://www.consulta.mx/index.php/estudios-e-investigaciones/evaluacion-de-gobierno/item/1091-evaluacion-final-eqn>

- Della Porta, Donatella (2013). “Análisis comparativo: la investigación basada en casos frente a la investigación basada en variables”. En Donatella della Porta y Michael Keating (Coords.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales* (pp. 211-237). España: Ediciones Akal.
- Dobry, Michel (1988). *Sociología de las crisis políticas*. España: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Durán, Diana (2018, 2 de marzo). “El expediente del senador Álvaro Uribe en la Corte Suprema”. *El Espectador*. Recuperado el 7 de febrero de 2018, de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-expediente-del-senador-alvaro-uribe-en-la-corte-suprema-articulo-742234>
- El Espectador* (2018, 15 de julio). “¿Quién es Jorge Antonio Trujillo, el candidato desconocido en el tarjetón?”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://www.elespectador.com/elecciones-2018/noticias/politica/quien-es-jorge-antonio-trujillo-el-candidato-desconocido-en-el-tarjeton-articulo-745847>
- El Tiempo* (2018). “En tres meses, 120 líderes sociales han sido asesinados en Colombia”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/el-mapa-de-los-lideres-sociales-asesinados-en-colombia-184408>
- Etellect Consultores (2018). *Séptimo informe de violencia política en México 2018*. México: Etellect Consultores.
- Fonseca, Francisco (2018, 15 de diciembre). “AMLO: principios de democracia”. *El Sol de México*. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://www.elsoldemexico.com.mx/analisis/amlo-principios-de-democracia-2804118.html>
- Gelape, Lucas; Moreno, Ana Carolina; y Caesar, Gabriela (2018, 8 de octubre). “Número de policiais e militares no Legislativo é quatro vezes maior do que o de 2014”. *O Globo*. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://g1.globo.com/politica/eleicoes/2018/eleicao-em-numeros/noticia/2018/10/08/numero-de-policiais-e-militares-no-legislativo-e-quatro-vezes-maior-do-que-o-de-2014.ghtml>
- González Bozzolasco, Ignacio (2017). “Paraguay: la reelección presidencial y los inicios de la carrera electoral 2018”. *Revista de Ciencia Política*, 2 (37), 543-562.

- González, Fernán E. (2003, julio-diciembre). “¿Colapso parcial o presencia diferenciada del estado en Colombia?: una mirada desde la historia”. *Colombia Internacional*, 58, 124-158.
- González, Fernán E. (2014). *Poder y violencia en Colombia* (colección Territorio, Poder y Conflicto). Colombia: Odecofi-Cinep.
- Gutiérrez, Francisco (2001). “¿Se ha abierto el sistema político colombiano? Una evaluación del proceso de cambio (1970-1998)”. *América Latina Hoy*, 27, 189-215.
- Instituto Nacional Electoral (2018). “Estadísticas y resultados electorales”. Recuperado de <https://www.ine.mx/voto-y-elecciones/resultados-electorales/>
- Key, Valdimer Orlando (1955). “A Theory of Critical Elections”. *The Journal of Politics*, 1 (17), 3-18.
- Krauze, Enrique (2018, 17 de diciembre). “Preservar el FCE”. *Letras Libres*. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://www.letraslibres.com/mexico/cultura/preservar-al-fce>
- La Jornada Aguascalientes* (2018, 28 de octubre). “El resultado electoral del 1 de julio significó el colapso de dos a tres partidos”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://www.lja.mx/2018/10/el-resultado-electoral-del-1-de-julio-significo-el-colapso-de-dos-a-tres-partidos/>
- La Nación* (2017, 17 de diciembre). “Mario Abdo Benítez avaló un régimen de terror en Paraguay”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de https://www.lanacion.com.py/politica_edicion_impresa/2017/12/17/mario-abdo-benitez-avalo-un-regimen-de-terror-en-paraguay/
- Langston, Joy (2017). *Democratization and Authoritarian Party Survival: Mexico's PRI*. Reino Unido: Oxford University Press.
- Latinobarómetro (2018). *Informe 2018*. Chile: Corporación Latinobarómetro. Disponible en <http://www.latinobarometro.org/>
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018). *Cómo mueren las democracias*. Argentina: Ariel.
- Lucca, Juan Bautista e Iglesias, Esteban (2019). *Elecciones y candidatos en Brasil en 2018: del páramo del PT al enigma de Jair Bolsonaro*. Argentina: Centro de Estudios Comparados de la Universidad Nacional de Rosario.

- Lucca, Juan Bautista y Pinillos, Cintia (2015). *Decisiones metodológicas en la comparación de fenómenos políticos iberoamericanos* (Documento de Trabajo núm. 25). España: Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca.
- Manetto, Francesco (2018, 9 de marzo). “Las FARC retiran su candidatura a la Presidencia de Colombia”. *El País*. Recuperado el 7 de febrero de 2019, de https://elpais.com/internacional/2018/03/08/colombia/1520516996_090050.html
- Martins Rodrigues, Leôncio (2004). “Lula y los cambios en la clase política brasileña”. En Leôncio Martins Rodrigues y María Tereza Aina Sadek, *El Brasil de Lula. Diputados y magistrados* (pp. 104-150). Argentina: La Crujía / Instituto Torcuato di Tella / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Morelo, Ginna (2018, 17 de junio). “La abstención se mantuvo en la primera vuelta y la segunda”. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/elecciones-colombia-2018/presidenciales/la-abstencion-se-mantuvo-entre-la-primera-vuelta-y-la-segunda-231824>
- Moreno, Alejandro (2018). *El cambio electoral. Votantes, encuestas y democracia en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- O Globo (2018, 3 de septiembre). “Campanha confirma vídeo em que Bolsonaro fala em ‘fuzilar petralhada do Acre’: ‘Foi brincadeira’”. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://oglobo.globo.com/brasil/campanha-confirma-video-em-que-bolsonaro-fala-em-fuzilar-petralhada-do-acre-foi-brincadeira-23033857>
- Palermo, Vicente (2018). *Instituciones políticas brasileñas. Estabilidad y crisis del proceso político contemporáneo*. Argentina: Katz.
- Pécaut, Daniel (2012). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Colombia: Fondo Editorial Universidad.
- Pérez Talía, Marcos (2017a). “Lugo y el Partido Liberal: una alianza (poco) exitosa en Paraguay”. En Godofredo Vidal de la Rosa (Coord.), *Política latinoamericana contemporánea* (pp. 483-523). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Pérez Talía, Marcos (2017b, 18 de octubre). “Paraguay 2018: elecciones y alianzas en la oposición”. *Estudios de Política Exterior*. Recuperado el 3

y María Laura Tagina (Coords.), *Procesos políticos y electorales en América Latina (2010-2013)* (pp. 401-442). Argentina: Eudeba.

Sorano, Vitor (2018, 28 de octubre). “No 2º turno, Bolsonaro vence em 16 estados e Haddad, em 11; nas capitais, placar é de 21 a 6”. *O Globo*. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://g1.globo.com/politica/eleicoes/2018/eleicao-em-numeros/noticia/2018/10/28/no-2o-turno-bolsonaro-vence-em-16-estados-e-haddad-em-11-nas-capitais-placar-e-de-21-a-6.ghtml>

Tribunal Superior de Justicia Electoral de Paraguay. Disponible en tsje.gov.py

Turner, Brian (2014). “Paraguay: la vuelta del Partido Colorado al poder”. *Revista de Ciencia Política*, 1 (34), 249-266.

Velásquez, Melissa (2018, 4 de diciembre). “Iván Duque es el presidente de Colombia más impopular en décadas”. *CNN Latinoamérica*. Recuperado el 3 de febrero de 2019, de <https://cnnespanol.cnn.com/2018/12/04/ivan-duque-es-el-presidente-colombiano-mas-impopular-en-decadas/>

Villalba Portillo, Sara Mabel (2018). “¿Son libres y justas las elecciones en Paraguay?”. *Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales*, 9, 43-65.